

RAVENSONG

TJ KLUNE

LA CANCIÓN
DEL CUERVVO



RAVENSONG

LA CANCIÓN DEL CUERVO

Green Creek • LIBRO DOS

RAVENSONG

LA CANCIÓN DEL CUERVO

TJ KLUNE

Traducción: María Victoria Boano



WZL

Lectura recomendada a partir de 16 años

Título original: *Ravensong*

Traducción del inglés: María Victoria Boano

Edición revisada y adaptada.

Primera edición: enero de 2022

© TJ Klune, 2018

© VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L., 2022

Gran Vía de Les Corts Catalanes 283, 08014 Barcelona - www.vreuropa.es

Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-84-124770-9-2

Depósito legal: B-19.386-2021

Diseño de cubierta: Reese Dante — Adaptación de cubierta: Julián Balangero

Maquetación: Valeria Miguel Villar (Olifant)

*A todos aquellos que oís las canciones de los lobos, prestad atención:
la manada os está llamando a casa.*





«¡Profeta!» dije, «ser maligno,
pájaro o demonio, siempre profeta,
si el Tentador te ha enviado, o la tempestad
te ha empujado a estas costas,
a esta desértica tierra encantada,
a esta casa rondada por el Horror!
Profeta, dime la verdad, te lo imploro.
¿Hay, dime, hay bálsamo en Galaad?
¡Dime, dime, te lo ruego!»
Y el cuervo dijo: «Nunca más».

El cuervo, EDGAR ALLAN POE



PROMESAS

Nos vamos —dijo el Alfa.

Ox estaba de pie junto a la puerta, nunca lo había visto tan pequeño. Tenía la piel de debajo de los ojos morada.

Esto no iba a acabar bien. Las emboscadas nunca acaban bien.

—¿Qué? —preguntó Ox, entrecerrando levemente los ojos—. ¿Cuándo?

—Mañana.

—Sabes que aún no puedo irme —dijo. Me toqué el cuervo del antebrazo y sentí el aleteo, el latido de la magia. Ardía—. Tengo cita con el abogado dentro de dos semanas por el tema del testamento. Además, está la casa y...

—Tú no vienes con nosotros, Ox —lo interrumpió Joe Bennett, sentado en el escritorio de su padre. De Thomas Bennett solo quedaban cenizas.

Vi el instante en el que las palabras le calaron. Fue salvaje y brutal, la traición a un corazón ya roto.

—Mamá y Mark tampoco. —Carter y Kelly se movieron, incómodos, a ambos lados de Joe. Hacía mucho, mucho tiempo que ya no formaba parte de la manada, pero hasta yo podía sentir cómo la vibración grave de la furia los recorría por dentro. No iba dirigida a Joe. Ni a Ox. Ni siquiera a nadie que se encontrase en esa habitación. La venganza les latía en la sangre, la necesidad de desgarrar con los colmillos y las garras. Ya se habían perdido en ella.

Y yo también. Pero Ox aún no lo sabía.

—Entonces te vas con Carter y Kelly.

—Y Gordo.

Y ahora lo sabía. Ox no me miró. Era como si solo estuvieran ellos dos en la habitación.

—Y Gordo. ¿A dónde?

—A hacer lo correcto.

—Nada de esto está bien —replicó Ox—. ¿Por qué no me lo has dicho?

—Te lo estoy diciendo ahora —respondió Joe y... Ay, Joe. Tendría que saber que esa no era la...

—Porque te ves obligado a hacerlo... ¿A dónde iréis?

—A buscar a Richard.

Cuando Ox aún era un niño, el pedazo de mierda de su padre se marchó con rumbo desconocido sin siquiera mirar atrás. Ox tardó semanas en llamarme, pero lo hizo. Habló lentamente, pero percibí el dolor en cada palabra cuando me dijo «no estamos bien», que el banco iba a quitarles la casa en la que vivían en el viejo y familiar camino de tierra.

«¿Podría trabajar para ti? Es que necesitamos el dinero y no puedo dejar que perdamos la casa, es todo lo que nos queda. Lo haré bien, Gordo. Haré bien mi trabajo y trabajaré para ti toda la vida. Iba a pasar de todas formas, así que, ¿podemos adelantarlos? ¿Podemos hacerlo ahora? Lo siento. Es que necesito empezar ahora porque debo ser un hombre».

Solo era un niño perdido.

Y en ese instante, el niño perdido había vuelto. Ah, claro, ahora era más grande, pero su madre estaba bajo tierra, su Alfa se había convertido en cenizas y su compañero, maldita sea, le clavaba las garras en el pecho y las retorció sin parar.

No hice nada para detenerlo. Era demasiado tarde. Para todos nosotros.

—¿Por qué? —Quiso saber Ox. La voz se le rompió a medio camino.

Por qué, por qué, por qué.

Porque Thomas estaba muerto.

Porque nos lo habían quitado.

Porque Richard Collins y sus Omegas habían venido a Green Creek, con sus ojos violetas brillando en la oscuridad, para enfrentarse al Rey Caído.

Yo hice lo que pude.

No fue suficiente.

Y aquí estaba su hijo, un niño pequeño que no tenía ni dieciocho años, cargando con el peso del legado de su padre, con el monstruo de su infancia hecho carne. Los ojos le ardían de color rojo porque solo podía pensar en la venganza. Vibraba a través de sus hermanos en un círculo interminable que alimentaba la furia del otro. Era un príncipe convertido en rey furioso, y necesitaba mi ayuda.

Elizabeth Bennett estaba callada, permitiendo que todo transcurriera delante de sus ojos. Siempre la reina silenciosa, con un chal sobre los hombros, contemplando el desarrollo de esta maldita tragedia. Ni siquiera podría afirmar que estuviera allí de verdad.

Y Mark, él...

No. Él no. No ahora.

El pasado era el pasado, era el pasado.

Empezaron a discutir, enseñándose los dientes y gruñendo. Ida y vuelta, cada uno hiriendo al otro hasta que sangrara delante de los demás. Yo entendía a Ox: el miedo a perder a tus seres queridos, a una responsabilidad que nunca pediste. A que te digan algo que nunca quisiste escuchar.

Entendía a Joe. No quería hacerlo, pero lo entendía.

«Creemos que fue tu padre, Gordo», declaró Osmond. «Creemos que Robert Livingstone encontró otro camino hacia la magia y rompió las guardas que contenían a Richard Collins».

Sí. Creo que entendía a Joe mejor que nadie.

—No puedes dividir la manada —dijo Ox y, Jesús, estaba suplicando—. No ahora. Joe, eres el maldito Alfa, te necesitan aquí. Todos ellos. Debemos estar juntos. ¿En serio crees que los demás van a acceder a...?

—Lo saben desde hace días —lo interrumpió Joe, y luego se encogió en una mueca de dolor—. Mierda.

Cerré los ojos.



Ocurrió esto:

—Es una mierda, Gordo.

—Lo es.

—Y vas a seguirle el juego.

—Alguien debe asegurarse de que no se mata a sí mismo.

—Y ese alguien eres tú. Porque eres de la manada.

—Eso parece.

—¿Por decisión propia?

—Eso creo.

Pero, por supuesto, no era así de fácil. Nunca lo era.

Y:

—Quieres decir que lo vais a matar. ¿Te parece bien?

—Nada de todo esto está bien, Ox. Pero Joe tiene razón. No podemos dejar que se lo haga a nadie más. Richard quería a Thomas, pero ¿cuánto tardará en dar con otra manada y convertirse en su Alfa? ¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que reúna a más seguidores? Estamos perdiéndole el rastro. Tenemos que acabar con esto mientras podamos, por todos. Se trata de venganza, simple y pura, pero parte de una buena base.

—Lo crees de verdad.

—Quizá. Es lo que cree Joe, y a mí me basta con eso.

Me pregunté si me había creído mis propias mentiras.

Y finalmente:

—Debes hablar con él. Antes de iros.

—¿Con Joe?

—Con Mark.

—Ox...

—¿Qué pasa si no vuelves? ¿Realmente quieres que piense que no te importa? Porque estarías siendo muy egoísta, amigo. Me conoces, pero a veces creo que te olvidas de que te conozco igual de bien. Incluso un poco más.

Maldito sea.



Ella estaba de pie en la cocina de la casa de los Bennett, mirando por la ventana. Tenía los puños sobre la encimera. La tensión le recorría los hombros y la envolvía la pena como un velo. Aunque llevaba años sin querer saber nada

de los lobos, no me había olvidado del respeto que imponía. Formaba parte de la realeza, lo quisiera o no.

—Gordo —dijo Elizabeth sin girarse. Me pregunté si, en ese momento, oía como los lobos cantaban canciones que hacía mucho que yo no podía oír—. ¿Cómo está?

—Enfadado.

—Es lógico.

—¿Lo es?

—Supongo que sí —señaló en voz baja—. Pero tú y yo somos mayores. Quizá no más sabios, pero sí mayores. Todo lo que hemos vivido, todo lo que hemos visto, esto es... algo más. Ox es un niño. Lo hemos protegido todo lo posible. Nosotros...

—Lo habéis involucrado en esto —dije sin poder contenerme. Las palabras salieron disparadas cual granada y le explotaron en los pies—. Si os hubierais mantenido alejados, si no lo hubierais metido en esto, él podría seguir...

—Lamento lo que te hicimos —dijo, y me invadió la emoción—. Lo que tu padre hizo. Él era... No fue justo. O correcto. Ningún niño debería pasar por lo que tú pasaste.

—Y, sin embargo, no hicisteis nada para detenerlo —le reproché—. Tú, Thomas y Abel. Mi madre. Ninguno de vosotros. Solo os importaba lo que yo podría ser para vosotros, no lo que implicaría para mí. Lo que mi padre me hizo no significaba nada para vosotros. Y cuando os fuisteis...

—Rompiste los lazos con la manada.

—La decisión más sencilla que he tomado en la vida.

—Noto cuando mientes, Gordo. Tu magia no puede ocultar el latido de tu corazón. No siempre. No cuando más importa.

—Malditos lobos. —Y continué—: Tenía doce años cuando me convertisteis en el brujo de la manada Bennett. Mi madre había muerto. Mi padre se había ido. Pero, a pesar de eso, Abel me tendió la mano, y la única razón por la que dije que sí fue porque no conocía otra cosa. Porque no quería quedarme solo. Tenía miedo y...

—No lo hiciste por Abel.

—¿De qué demonios estás hablando? —exclamé, entrecerrando los ojos.

Por fin se giró y me miró. Aún llevaba el chal sobre los hombros. En algún momento se había recogido el pelo rubio en una coleta y algunos mechones le caían alrededor de la cara. Los ojos le pasaban del azul al naranja y de vuelta al

azul, aunque brillaban sin fuerza. Cualquiera que la mirase pensaría que, en ese momento, Elizabeth Bennett era débil y frágil, pero yo sabía que no. La habían acorralado, y ahí era cuando un depredador era más peligroso.

—No fue por Abel.

Ah. Ya veía por donde iban los tiros.

—Era mi deber.

—Tu padre...

—Mi padre perdió el control cuando le quitaron su lazo. Mi padre se alió con...

—Todos teníamos un rol que cumplir —dijo Elizabeth—. Cada uno de nosotros. Cometimos errores. Éramos jóvenes y tontos, y estábamos llenos de una furia enorme y terrible por todo lo que nos habían quitado. Abel hizo lo que pensó que era lo correcto en su momento. Al igual que Thomas. Ahora, yo estoy haciendo lo mismo.

—Y, sin embargo, no te has enfrentado a tus hijos. No has hecho nada para impedirles cometer los mismos errores que cometimos nosotros. Te has puesto boca arriba como un perro.

—¿Y tú no? —preguntó, sin morder el anzuelo.

Mierda.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué, Gordo? Tendrás que ser más específico.

—¿Por qué les permites ir?

—Porque nosotros fuimos jóvenes e imprudentes alguna vez, y llenos de una rabia enorme y terrible. Y ahora les ha pasado a ellos. —Suspiró—. Tú lo has vivido antes. Ya has pasado por esto. Pasó una vez. Y está pasando de nuevo. Confío en que evitarás que cometan los mismos errores que nosotros.

—No soy parte de la manada.

—No —confirmó, y no debería haberme dolido como me dolió—, pero esa es tu decisión. Estamos aquí por las decisiones que tomamos. Quizá tengas razón. Quizá, si no hubiéramos venido, Ox sería...

—¿Humano?

Un destello le atravesó la mirada.

—¿Thomas...?

Resoplé.

—No me contó absolutamente nada. Pero no es difícil darse cuenta. ¿Qué pasa con él?

—No lo sé —admitió—. Ni siquiera sé si Thomas lo sabía. No exactamente. Pero Ox es... especial. Distinto. Aún no se ha dado cuenta. Y quizá le lleve mucho tiempo hacerlo. No sé si es magia o algo más. No es como nosotros. No es como tú. Pero no es humano. No del todo. Es más que eso, creo. Que todos nosotros.

—Tienes que protegerlo. He fortalecido las guardas todo lo posible, pero tienes que...

—Es parte de la manada, Gordo. Haría lo que fuera por la manada. Me imagino que no te has olvidado de eso.

—Lo hice por Abel. Y luego por Thomas.

—Mentira —dijo, ladeando la cabeza—. Pero casi te lo crees.

—Tengo que... —murmuré, dando un paso atrás.

—¿Por qué no puedes decirlo?

—No hay nada que decir.

—Él te quería —dijo. Nunca la había odiado tanto como en ese momento—. Con todo su ser. Así somos los lobos. Cantamos y cantamos y cantamos hasta que alguien oye nuestra canción. Y tú la oíste. La oíste. No lo hiciste por Abel o Thomas, Gordo. Ni siquiera entonces. Tenías doce años, pero lo sabías. Eras parte de la manada.

—Maldita seas —dije con la voz ronca.

—Sé que a veces... —replicó, no sin amabilidad—, las cosas que más necesitamos escuchar son las que menos queremos oír. Quise a mi marido, Gordo. Lo querré toda la vida. Y él lo sabía. Incluso al final, incluso cuando Richard... —Se quedó sin aliento. Negó con la cabeza—. Incluso entonces. Él lo sabía. Y lo echaré de menos cada día hasta que pueda volver a estar a su lado, hasta que pueda mirarlo a la cara, esa cara preciosa, y decirle lo enfadada que estoy. Lo estúpido que es. Lo magnífico que es verlo de nuevo y que, por favor, diga mi nombre. —Tenía lágrimas en los ojos, pero no las derramó—. Me duele, Gordo. No sé si este dolor me dejará en algún momento. Pero él lo sabía.

—No es lo mismo.

—Solo porque tú no lo permites. Él te quería. Te dio su lobo. Y tú se lo devolviste.

—Tomó su decisión. Y yo tomé la mía. No lo quería. No quería tener nada que ver con vosotros. Con él.

—Mientes.

—¿Qué quieres de mí? —pregunté, la voz impregnada de furia—. ¿Qué demonios quieres?

—Thomas lo sabía —repitió—. Incluso a punto de morir. Porque yo se lo dije. Porque yo se lo demostré una y otra vez. Me arrepiento de muchas cosas, pero nunca me arrepentiré de Thomas Bennett.

Se movió hacia mí, con pasos lentos pero seguros. Me mantuve firme, incluso cuando me puso la mano en el hombro y me lo apretó con fuerza.

—Te irás por la mañana. No te arrepientas de esto, Gordo. Porque si dejas palabras sin decir, te perseguirán hasta el fin de tus días.

Me rozó al pasar.

—Por favor, cuida de mis hijos —me dijo antes de salir de la cocina—. Los dejo en tus manos, Gordo. Si descubro que has traicionado mi confianza, o que te has desentendido mientras ellos se enfrentan a ese monstruo, no existe lugar en el que puedas esconderte, porque te encontraré. Te haré pedazos y el remordimiento que sentiré será mínimo.

Después se marchó.



Estaba de pie en el porche, contemplando la nada con las manos detrás de la espalda. Alguna vez había sido un niño con unos ojos azules preciosos como el hielo, el hermano de un futuro rey. Ahora era un hombre, endurecido por las asperezas del mundo. Su hermano ya no estaba. Su Alfa estaba a punto de irse. Había sangre en el aire, muerte en el viento.

—¿Ella está bien? —preguntó Mark Bennett.

Porque, por supuesto, sabía que yo estaba allí. Los lobos siempre lo saben. Especialmente cuando se trata de su...

—No.

—¿Y tú?

—No.

No se giró. La luz del porche brillaba débilmente sobre su cabeza afeitada. Respiró hondo y sus hombros anchos se levantaron y cayeron. Me picaba la piel de las palmas.

—Es raro, ¿no te parece?

El mismo imbécil misterioso de siempre.

—¿El qué?

—Te fuiste una vez. Y aquí estás, yéndote de nuevo.

—Tú me dejaste primero —apunté, molesto.

—Y volví todas las veces que pude.

—No fue suficiente.

Pero eso no era del todo cierto, ¿verdad? Ni de cerca. Aunque mi madre llevaba muerta mucho tiempo, su veneno seguía sonando en mis oídos: «Los lobos hicieron esto, los lobos se lo llevaron todo, lo hacen porque esa es su naturaleza». «Mintieron», me dijo. «Como siempre».

—Lo sé —respondió.

—Esto no es... No he venido a empezar nada.

—Nunca lo haces. —Podía oír la sonrisa en su voz.

—Mark.

—Gordo.

—Vete a la mierda.

Se giró, por fin, tan apuesto como el día en que lo conocí, aunque por aquel entonces yo era un niño y no había sabido lo que significaba. Era grande y fuerte, y sus ojos seguían siendo de ese azul helado, inteligentes y omniscientes. No tenía dudas de que podía sentir la furia y la pena que se agitaban en mi interior, por más que intentara bloquearlas. Los lazos entre nosotros llevaban mucho tiempo rotos, pero aún quedaba algo allí, por más que me esforzara en enterrarlo con todas mis fuerzas.

Se pasó una mano por la cara, enterrando los dedos en la barba. Recordaba cuando se la empezó a dejar a los diecisiete, le crecía de forma desigual y le hacía muchas bromas al respecto. Sentí una punzada en el pecho, pero ya estaba acostumbrado. No significaba nada. Ya no.

Casi me convencía de ello.

—Cuídate, ¿vale? —dijo, dejando caer la mano. Sonrió con frialdad y se dirigió hacia la puerta de la casa Bennett.

Y pensaba dejarlo ir. Iba a dejar que me pasara por el lado. Sería el fin. No volvería a verlo hasta... Se quedaría aquí y yo me iría, al revés de lo que había ocurrido aquel día.

Iba a dejarlo ir porque eso era lo más fácil. Para todos los días que vendrían.

Pero siempre había sido un estúpido en todo lo relacionado con Mark Bennett.

Estiré la mano y lo cogí del brazo antes de que pudiera dejarme.

Se detuvo.

Nos quedamos de pie, hombro con hombro. Yo me enfrentaba al camino que se extendía por delante. Él se enfrentaba a todo lo que dejaríamos atrás.

Esperó.

Respiramos.

—Esto no... No puedo...

—No —susurró—. Supongo que no puedes.

—Mark. —Logré escupir, luchando por encontrar algo, cualquier cosa que decirle—. Volverá... volveremos. ¿De acuerdo? Vamos a...

—¿Es una promesa?

—Sí.

—Ya no creo en tus promesas —declaró—. Hace mucho tiempo que no lo hago. Cuídate, Gordo. Cuida a mis sobrinos.

Y luego entró en la casa y la puerta se cerró tras él.

Bajé del porche sin mirar atrás.



Estaba sentado en el taller que llevaba mi nombre, con un pedazo de papel sobre el escritorio.

Ellos no lo entenderían. Los quería, pero podían comportarse como idiotas. Tenía que decirles algo.

Cogí un viejo bolígrafo barato y empecé a escribir.



Tengo que irme durante un tiempo. Tanner, te quedas a cargo del taller. Asegúrate de enviar las ganancias al contable. Él se ocupará de los impuestos. Ox tiene acceso a todas las cosas bancarias, personales y del taller.

Lo que necesites, se lo pides a él. Si necesitas contratar a alguien para ayudar con el trabajo, hazlo, pero no contrates a ningún imbécil. Hemos trabajado demasiado duro para llegar a donde estamos. Chris y Rico, ocupaos de las operaciones diarias. No sé cuánto tiempo estaré fuera, pero, por las dudas, cuidad los unos de los otros. Ox os necesitará.



No era suficiente.

Nunca sería suficiente.

Esperaba que pudieran perdonarme. Algún día.

Tenía los dedos manchados de tinta y dejé marcas en el papel.



Apagué las luces del taller.

Me quedé de pie en la oscuridad un rato largo.

Inhalé el olor a sudor, metal y aceite.



Aún no había amanecido cuando nos reunimos en el camino de tierra que llevaba a las casas que se encontraban al final del camino. Carter y Kelly estaban sentados en el todoterreno, observándome a través del parabrisas mientras caminaba hacia ellos con la mochila al hombro.

Joe estaba de pie en mitad del camino. Tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y las fosas nasales dilatadas. Thomas me había dicho una vez que, por ser un Alfa, estaba en sintonía con todo lo que estaba en su territorio. Las personas. Los árboles. Los ciervos que habitaban en el bosque, las plantas que se mecían con el viento. Lo era todo para un Alfa: una sensación de hogar profundamente arraigada que no se podía sentir en ningún otro sitio.

Yo no era un Alfa. Ni siquiera era un lobo. Nunca quise serlo.

Pero entendí lo que había querido decir. Mi magia estaba tan arraigada a este lugar como él. Era diferente, pero no tanto como para que importara. Él lo sentía todo. Yo sentía el latido del corazón, el pulso del territorio que se extendía a nuestro alrededor.

Green Creek estaba conectado a sus sentidos.

Y estaba grabado en mi piel.

Irse era muy doloroso, y no solamente por aquellos que dejábamos atrás. Existía una tensión física que el Alfa y el brujo sentían. Nos llamaba y nos decía *«aquí aquí aquí estás aquí aquí aquí quédate porque este es tu hogar este es tu hogar este es...»*.

—¿Siempre fue así? —me preguntó Joe—. ¿Para papá?

Miré el todoterreno de reojo. Carter y Kelly nos observaban con atención. Sabía que nos estaban escuchando. Volví la vista hacia Joe y su cara alzada.

—Creo que sí.

—Pero nos fuimos. Mucho tiempo.

—Él era el Alfa. No solo el tuyo. No solo el de tu manada. Sino el de todos.

Y, entonces, Richard...

—Me secuestró.

—Sí.

Joe abrió los ojos. No brillaban.

—No soy mi padre.

—Lo sé. Y no debes serlo.

—¿Estás conmigo?

Vacilé.

Sabía lo que me estaba preguntando. No era formal, para nada, pero era un Alfa, y yo era un brujo sin manada.

«Cuida a mis sobrinos».

Le di la única respuesta posible:

—Sí.

Se transformó rápidamente: se le alargó la cara, la piel se le cubrió de pelo blanco, las garras surgieron de las puntas de sus dedos. Y cuando los ojos le ardieron en llamas, echó la cabeza hacia atrás y cantó la canción del lobo.

TRES AÑOS
UN MES
VEINTISÉIS DÍAS





DESTROZADO / TIERRA, HOJAS Y LLUVIA

¶ Venía seis años cuando vi por primera vez transformarse en lobo a un niño mayor.

—Es el hijo de Abel —susurró mi padre—. Se llama Thomas, y un día será el Alfa de la manada Bennett. Tú le pertenecerás.

Thomas.

Thomas.

Thomas.

Me tenía fascinado.



Tenía ocho años cuando mi padre cogió una aguja y me quemó la piel con tinta y magia.

—Te dolerá —me dijo con una expresión sombría en el rostro—. No te voy a mentir. Te dolerá como nada te ha dolido antes. Sentirás que te estoy destrozando y, en cierto modo, tendrás razón. Hay magia en ti, niño, pero aún no se ha manifestado. Estas marcas te centrarán y te darán las herramientas necesarias para empezar a controlarla. Sentirás dolor, pero es necesario para convertirte en quien debes ser. El dolor es una lección. Te enseña las formas de este mundo. Es necesario lastimar a las personas que queremos para hacerlas más fuertes. Para hacerlas mejores. Un día me entenderás. Un día serás como yo.

—Por favor, padre —supliqué, luchando contra las ataduras que me sujetaban—. Por favor, no hagas esto. Por favor, no me hagas daño.

Mi madre quiso decir algo, pero mi padre sacudió la cabeza.

Ahogó un sollozo mientras la acompañaban fuera de la habitación. No miró atrás.

Abel Bennett se sentó junto a mí. Era un hombre fornido. Un hombre amable. Era fuerte y poderoso, de pelo y ojos oscuros. Podría partirme en dos solo con las manos. Había visto cómo surgían garras de ellas, garras que habían destrozado la carne de aquellos que se habían atrevido a quitarle cosas.

Pero también podían ser suaves y cálidas. Me cogió la cabeza y con los pulgares me secó las lágrimas de las mejillas. Alcé la vista hacia él y sonrió en silencio.

—Serás especial, Gordo —dijo—. Lo sé.

Y mientras se le ponían los ojos rojos, respiré y respiré y respiré.

Después, sentí la aguja contra la piel y me rompí en mil pedazos.

Grité.



Apareció en forma de lobo. Era grande y blanco, con manchas negras en el pecho, las patas y el lomo. Era mucho más grande de lo que yo llegaría a ser nunca, y tenía que echar la cabeza hacia atrás para verlo entero.

Las estrellas centelleaban en el cielo, la luna brillaba llena, y sentí que algo me latía en las venas. Era una canción que no llegaba a comprender del todo.

Me ardían muchísimo los brazos. Por momentos, me parecía que las marcas empezaban a resplandecer, pero podía ser un efecto de la luz de la luna.

—Estoy nervioso —dije, porque era la primera vez que me permitían salir con la manada mientras había luna llena. Antes habría sido muy peligroso. No por lo que los lobos podían hacerme, sino por lo que yo podría haberles hecho.

Ladeó la cabeza, los ojos le ardían de color naranja, con algunos destellos de rojo. Era mucho más de lo que pensé que alguien podía llegar a ser. Me dije que no le tenía miedo, que podía ser valiente, como mi padre.

Me sentí un mentiroso.

Otros lobos corrieron detrás de él hacia un claro en medio del bosque. Gemían y aullaban, y mi padre se reía y tiraba de mi madre de la mano. Ella se giró para mirarme y me sonrió en silencio, pero luego se distrajo.

No me importó, porque yo también lo hice.

Thomas Bennett estaba frente a mí, el hombre lobo que se convertiría en rey. Resopló ruidosamente, moviendo un poco la cola y haciéndome una pregunta para la cual yo no tenía respuesta.

—Estoy nervioso —le dije otra vez—. Pero no tengo miedo.

Era importante que lo entendiera. Se tiró al suelo y se recostó sobre el estómago, las patas por delante, y me contempló. Como si quisiera hacerse más pequeño. Menos intimidante. Que alguien de su posición bajara de ese modo era algo que no comprendí hasta que fue demasiado tarde.

Gimió levemente desde lo profundo de su garganta. Esperó y volvió a hacerlo.

—Mi padre me ha dicho que serás el Alfa —dije.

Avanzó, arrastrando el estómago por la hierba.

—Y que yo seré tu brujo —continué.

Se acercó un poco más.

—Prometo que lo haré lo mejor que pueda —añadí—. Aprenderé todo lo que pueda y haré un buen trabajo. Ya lo verás. Seré el mejor brujo que haya existido. —Puse unos ojos como platos—. Pero no le digas a mi padre que he dicho eso.

El lobo blanco estornudó.

Me reí.

Por último, me estiré y apoyé la mano sobre el hocico de Thomas y, por un momento, me pareció oír un susurro en mi mente:

«*ManadaManadaManada*».



—¿Es esto lo que quieres? —me preguntó mi madre cuando nos quedamos solos. Me había alejado de los lobos, de mi padre, con la excusa de que quería pasar tiempo con su hijo. Estábamos sentados en un restaurante del pueblo que olía a grasa, humo y café.

Estaba confundido e intenté hablar con la boca llena de hamburguesa.

Mi madre frunció el ceño.

—Modales —me regañó. Hice una mueca y tragué rápido.

—Lo sé. ¿A qué te refieres?

Miró a través de la ventana en dirección a la calle. Un viento cortante sacudía los árboles y los hacía sonar como huesos viejos. El aire era frío y las personas se cerraban bien los abrigo mientras caminaban por la acera. Me pareció ver a Marty, con los dedos manchados de aceite, de camino a su taller, el único de Green Creek. Me pregunté cómo sería tener marcas en la piel que se pudieran lavar.

—A esto —dijo, mirándose otra vez. Su voz era suave—. A todo.

Eché un vistazo alrededor para asegurarme de que nadie nos estuviera escuchando porque mi padre había dicho que nuestro mundo era un secreto. No creo que mamá lo entendiera, porque no sabía que estas cosas existían hasta que lo conoció a él.

—¿A las cosas de brujo?

—A las cosas de brujo —repitió, aunque no parecía contenta al decirlo.

—Pero es lo que se supone que debo hacer. Es quien se supone que debo ser. Algún día, seré muy importante y haré grandes cosas. Padre dijo...

—Sé lo que dijo —replicó cortante. Hizo una mueca antes de bajar la vista hacia la mesa, las manos juntas frente a ella—. Gordo, yo... Escúchame, ¿de acuerdo? La vida... se basa en las decisiones que tomamos. No las decisiones que toman por nosotros. Tienes derecho a forjar tu propio camino. A ser quien quieras ser. Nadie debería decidir eso por ti.

No lo entendí.

—Pero se supone que debo ser el brujo del Alfa.

—No se supone que tengas que ser nada. Solo eres un niño. No pueden ponerte este peso sobre los hombros. No ahora. No cuando no puedes decidir por ti mismo. No tendrías que...

—Soy valiente —le dije y, de pronto, necesitaba que me creyera más que nada en el mundo. Esto era importante. Ella era importante—. Y haré el bien. Ayudaré a mucha gente. Padre lo dijo.

—Lo sé, cariño —respondió con lágrimas en los ojos—. Sé que lo eres. Y estoy muy orgullosa de ti. Pero no tienes que hacerlo. Necesito que me escuches, ¿vale? Esto no... no es lo que yo quería para ti. No pensé que llegaría a ser así.

—¿Así cómo?

Negó con la cabeza.

—Podemos... podemos ir a dónde quieras. Tú y yo. Podemos irnos de Green Creek, ¿de acuerdo? Irnos a cualquier parte del mundo. Lejos de esto. Lejos de la magia, los lobos y las manadas. Lejos de todo esto. No tiene por qué ser así. Podríamos ser solo nosotros dos, Gordo. Solo nosotros dos. ¿De acuerdo?

Sentí frío.

—¿Por qué estás...?

De pronto, alargó la mano y cogió la mía. Pero lo hizo con cuidado, como siempre, para no subirme las mangas del abrigo. Estábamos en público.

Mi padre había dicho que la gente no entendería que alguien tan joven tuviera tatuajes. Harían preguntas que no merecían respuestas. Eran humanos, y los humanos eran débiles. Mamá era humana, pero a mí no me parecía que fuera débil. Se lo había dicho, pero él no había respondido.

—Lo único que me importa es mantenerte a salvo.

—Lo haces —le aseguré, haciendo un esfuerzo para no apartar la mano. Me estaba haciendo daño—. Tú, padre y la manada.

—La manada. —Se rio, pero no sonó como si algo le hubiera parecido gracioso—. Eres un niño. No deberían pedirte esto. No deberían hacer nada de esto...

—Catherine —dijo una voz. Ella cerró los ojos.

Mi padre estaba de pie junto a la mesa.

Le puso la mano en el hombro a mi madre.

Después de eso, nunca más hablamos al respecto.



Esa noche, les oí pelear.

Yo me cubrí con las sábanas e intenté bloquear los gritos.

—¿Tu hijo te importa aunque sea un poco? —dijo ella—. ¿O solo tu legado? ¿Tu maldita manada?

—Sabías que esto ocurriría —le respondió él—. Desde el principio, lo sabías. Sabías qué se suponía que debía ser.

—Es nuestro hijo. ¿Cómo te atreves a usarlo así? ¿Cómo te atreves a intentar...?

—Es importante. Para mí. Para la manada. Hará cosas que no puedes ni imaginarte. Eres humana, Catherine. Jamás podrías entenderlo de la misma manera que nosotros. No es tu culpa. Es quien eres. No se te puede culpar por cosas que escapan a tu control.

—Te vi. Con ella. Cómo sonreías. Cómo te reías. Cómo le tocaste la mano cuando pensabas que nadie os estaba mirando. Lo vi, Robert. Lo vi. Ella también es humana. ¿Qué es lo que la hace tan diferente?

Mi padre nunca respondió.



Vivíamos en el pueblo, en una casa pequeña que se sentía como un hogar. Estaba en una calle rodeada de abetos. No entendía por qué los lobos pensaban que el bosque era un lugar mágico, pero, a veces, cuando era verano y dejaba la ventana abierta mientras intentaba dormir, juraría que oía voces saliendo de los árboles, susurrando cosas que no llegaban a ser palabras.

La casa estaba construida con ladrillos. Una vez, mi madre preguntó riendo si vendría un lobo a echarla abajo de un soplido. Reía, pero cuando la risa se apagó parecía triste. Le pregunté por qué tenía los ojos húmedos. Me dijo que tenía que ir a preparar la cena y me dejó en el jardín delantero, preguntándome qué había hecho mal.



Tenía una habitación con todas mis cosas. Libros en un estante. Una hoja con forma de dragón que había encontrado, la cual tenía los bordes curvados por el tiempo. Un dibujo donde aparecíamos Thomas y yo que me había dado un niño de la manada. Dijo que lo había hecho porque yo era importante. Luego me sonrió, le faltaban los dos dientes delanteros.

Cuando los cazadores llegaron, él fue uno de los primeros en morir.



Yo también la vi.

No debería haberla visto. Rico me estaba gritando «date prisa, *papi*, ¿por qué eres tan lento?». Tanner y Chris se giraron para mirarme mientras pedaleaban lentamente en círculos a su alrededor, esperándome.

Pero yo no podía moverme porque mi padre estaba en un coche que no conocía, aparcado en un vecindario que no era el nuestro. Había una mujer de pelo oscuro en el asiento del conductor, que le sonreía como si él fuera lo único que existiera en el mundo.

Nunca la había visto. Observé a mi padre inclinarse hacia delante y...

—Amigo —dijo Tanner. Me sobresalté cuando pedaleó junto a mí—. ¿Qué estás mirando?

—Nada —respondí—. No es nada. Vamos.

Nos fuimos, las cartas que habíamos sujetado con pinzas de la ropa a los rayos de las bicicletas hacían mucho ruido mientras nos imaginábamos que eran motos.



Los quería por lo que no eran.

No eran una manada. No eran lobos. No eran brujos.

Eran normales y sencillos, aburridos y maravillosos.

Se burlaban de mí por llevar manga larga incluso en pleno verano. Yo sabía que no lo hacían por crueldad. Era su manera de ser.

—¿Te pegan o algo? —me había preguntado Rico.

—Si es así, puedes venir a vivir conmigo —agregó Tanner—. Dormirás en mi habitación. Solo tienes que esconderte debajo de la cama para que mi mamá no te vea.

—Nosotros te protegeremos —dijo Chris—. ¡O mejor: nos escapamos todos y nos vamos a vivir al bosque!

—¡Sí, en los árboles y esa mierda! —apuntó Rico.

Nos reímos porque éramos niños y decir groserías era lo más gracioso del mundo.

No podía decirles que el bosque no era el lugar más seguro para ellos. Que criaturas con ojos brillantes y dientes afilados vivían en él. Así que les conté una versión de la verdad:

—No me pegan. No es nada de eso.

—¿Tienes brazos raros de chico blanco? —me preguntó Rico—. Mi papá dice que debes tener brazos raros de chico blanco. Que por eso llevas sudaderas todo el tiempo.

—¿Cómo son los brazos raros de chico blanco? —Quiso saber Tanner, frunciendo el ceño.

—Ni idea —respondió Rico—. Pero mi papá lo dijo y él lo sabe todo.

—¿Tengo brazos raros de chico blanco? —preguntó Chris, extendiendo los brazos. Los observó con los ojos entrecerrados y los sacudió de arriba abajo. Eran delgados y pálidos, y a mí no me parecieron raros. Me dieron envidia, con sus pelos suaves y pecas, sin marcas de tinta.

—Probablemente —dijo Rico—. Pero eso es mi culpa por ser amigo de un montón de yanquis.

Tanner y Chris lo persiguieron mientras le gritaban cuando se alejó pedaleando, riéndose como un loco.

Los quería más de lo que podía expresar. Me enlazaban de una manera que los lobos no podían.



—La magia proviene de la tierra —me explicó mi padre—. Del suelo. De los árboles. De las flores y del sustrato. Este lugar es... antiguo. Mucho más antiguo de lo que te puedes imaginar. Es una especie de... faro. Nos llama. Vibra en nuestra sangre. Los lobos también la oyen, pero no como nosotros. A ellos les canta. Ellos son... animales. No somos como ellos. Somos más. Ellos están conectados con la tierra. El Alfa más que ningún otro. Pero nosotros la utilizamos. La doblegamos a nuestra voluntad. Ellos son sus esclavos, y de la luna cuando se alza llena y blanca. Nosotros la controlamos. Nunca lo olvides.



Thomas tenía un hermano más pequeño.

Se llamaba Mark.

Y era tres años mayor que yo.
Él tenía nueve y yo seis cuando me habló por primera vez.
—Hueles raro —me dijo.
—No es cierto —respondí, con el ceño fruncido.
Hizo una mueca y bajó la vista al suelo.
—Un poco sí. Como a... tierra. A tierra, hojas y lluvia...
Lo odié más que a nada en el mundo.



—Nos está siguiendo otra vez —informó Rico, divertido. Íbamos de camino al videoclub. Rico dijo que conocía al hombre que trabajaba allí y que nos dejaría alquilar una película no apta para menores sin contárselo a nadie.

Rico nos dijo que, si encontrábamos la película correcta, podríamos ver tetas. No sabía muy bien cómo me sentía al respecto.

Suspiré y miré por encima del hombro. Tenía once años, y se suponía que era un brujo, pero no tenía tiempo para lobos en ese momento. Necesitaba saber si las tetas eran algo que me interesara.

Mark estaba al otro lado de la calle, de pie cerca del taller de Marty. Fingía que no nos observaba, pero no se le daba muy bien.

—¿Por qué hace eso? —inquirió Chris—. ¿No se da cuenta de que es raro?

—Gordo es raro —le recordó Tanner—. Toda su familia es rara.

—Idos al infierno —murmuré—. Solo... esperad aquí. Yo me ocuparé de esto.

Oí cómo se reían de mí mientras me alejaba, Rico hacía ruido de besos. Los detesté, pero no se equivocaban. Cualquiera que no nos conociera pensaría que mi familia era rara. No éramos los Bennett, pero era como si lo fuéramos. Siempre nos ponían en el mismo saco a la hora de cuchichear. Los Bennett eran ricos, aunque nadie sabía cómo. Tenían un par de casas en medio del bosque y casi siempre recibían visitas de forasteros. Algunos decían que eran una secta. Otros decían que eran la mafia. Nadie sabía nada acerca de los lobos que se ocultaban bajo la superficie.

Mark puso los ojos como platos al ver que me acercaba. Miró a su alrededor como si quisiera escaparse.

—Te quedas donde estás —gruñí.